

Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas



Nota introductoria de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, 2021

Las visiones de un futuro anticipado por la imaginación mediante la extrapolación y la analogía, juntas o por separado, constituyen el conjunto más amplio de la ciencia ficción desde sus orígenes, que cabe situar en los inicios de la Revolución Industrial. Tras la invención de la máquina de vapor y la mecanización subsiguiente de la industria, el ritmo del progreso tecnológico y de la ampliación de los conocimientos científicos se volvió tan rápido que se hizo inevitable mirar el curso de la historia humana como una mutación constante, una mutación a la que pronto se adelantaron diversos escritores recurriendo a su imaginación. Así lo hizo, por ejemplo, Émile Souvestre en su novela *Le monde tel qu'il sera en l'an 3000* [*El mundo tal y como será en el año 3000*] (1845-1846), en la que una pareja de viaje va descubriendo el cariz de una sociedad altamente tecnológica y sujeta a una búsqueda desenfrenada del beneficio económico, en detrimento de valores más tradicionales como los familiares o los religiosos. El tono satírico y pesimista de Souvestre fue emulado por otros pioneros de la literatura de anticipación europea, como Antonio Flores (1818-1865), cuya novela en forma de cuadros de costumbres yuxtapuestos con un leve hilo argumental *Mañana o la chispa eléctrica en 1899* (edición íntegra en 1863) describe un Madrid en el que todo, el arte y el amor inclusive, se rigen por meros criterios de rentabili-

dad, aunque Flores, menos conservador que Souvestre, no deja de señalar determinadas ventajas con respecto a las mentalidades y costumbres tradicionales.

En Italia, el liberal Ippolito Nievo (1831-1861) es el tercer gran autor latinoamericano de anticipaciones fictocientíficas en este período inicial de la Revolución Industrial, en época romántica, gracias a una narración toscana relativamente breve titulada *Storia filosofica dei secoli futuri fino all'anno dell'era volgare 2222 ovvero fino alla vigilia della fine del mondo* [*Historia filosófica de los siglos futuros hasta el año 2222 de la era vulgar, es decir, hasta aproximadamente la víspera del fin del mundo*], publicada en enero de 1860¹. Como su nombre indica, no se trata de una novela, sino de una historia. Es una *ficción científica* en el sentido de que su contenido es ficticio, pero su discurso es el empleado en una ciencia, la Historia. Este uso de la escritura historiográfica para transmitir una visión imaginaria del porvenir ha sido muy co-

¹ La traducción que sigue se basa en la edición siguiente: Ippolito Nievo, «Storia filosofica dei secoli futuri fino all'anno dell'era volgare 2222 ovvero fino alla vigilia della fine del mondo», *Storia filosofica dei secoli futuri (e altri scritti umoristici del 1860)*, a cura di Emilio Russo, Roma, Salerno Editrice, 2003, pp. 47-75. Agradecemos a Rubén Molina Martínez su atenta revisión de la traducción.



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

mún en toda la edad contemporánea y ha alumbrado clásicos como *Last and First Men* [*La última y la primera humanidad*] (1930), de Olaf Stapledon (1886-1950). Esa escritura tenía una ventaja clara desde el punto de vista de la credibilidad de la anticipación. A diferencia de una novela, cuya ficcionalidad es evidente, el discurso historiográfico ofrece una impresión de objetividad documental y científica que confiere autoridad a lo narrado, que de esta manera no aparece como una caprichosa invención literaria, sino como el informe de algo ocurrido realmente. Asimismo, el empleo constante de los tiempos verbales del pretérito (con el presente histórico como posible variante estilística) genera la sensación de que todo ha ocurrido realmente, que no se trata de una profecía o de un estudio futuroológico en que lo expuesto con los tiempos verbales del futuro sea simplemente una hipótesis que se cumplirá, o no. En cambio, en la historia anticipada o prospectiva escrita en pasado, el pacto de lectura entraña que se acepte la premisa de que la voz narradora se dirige a nuestro presente desde un tiempo que sabemos localizado en el porvenir, pero que nos transfiere a su propia perspectiva para que la acompañemos en su indagación de su pasado, esto es, de nuestro futuro, un futuro al que accedemos para poder conocerlo como si ya hubiera transcurrido y fuera susceptible de ser contado objetiva y realmente.

Este pacto de lectura se postula a menudo por medio de marcas retóricas y paratextuales, por ejemplo, la definición del texto como «historia» (*history*, en inglés) y no como «novela» o «cuento». Así hace Nievo en la suya, aunque, por encontrarse aún en los albores del género que podríamos denominar «historia imaginaria» o «fictohistoria», su título hace explícito ese pacto, cuya paradoja radica en que son los siglos futuros, pero al mismo tiempo son

objeto de historia. Para superar la contradicción, procede a explicar la manera en que su narrador homodiegético, que firma con su nombre imaginario (Ferdinando De Nicolosi) y se define antitéticamente como «filósofo-químico», se hizo con un documento escrito varias centurias después. En su época, era corriente recurrir a las revelaciones espiritistas para justificar el conocimiento del porvenir, tal como hizo Flores. Nievo emplea ya un *novum* de carácter aparentemente fictocientífico, inspirado en la fotografía y los avances de la ciencia química, si bien lo hace con un alto grado de ironía al combinar el registro serio y el humorístico. Esta combinación se mantiene durante toda la obra, en la que alternan las observaciones serias con una perspectiva satírica aplicada a todos los órdenes de la vida humana por el historiador futuro, llamado Vincenzo Bernardi di Gorgonzola. Este es un hedonista bastante cínico que cree que se morirá antes de que el mundo acabe y, una vez muerto, poco le importa el final colectivo de la raza humana. Esta actitud no es el resultado tan solo de su personalidad. Aunque afirma que ha escrito la historia del mundo para su propio provecho y diversión, su alusión al decreto por el que se habían destruido casi dos siglos antes todos los libros, sin que se sugiera que se hayan escrito otros después, revela lo inconformista y peligroso de su empresa literaria. El tono humorístico de su escritura disimula un análisis profundamente crítico del curso histórico que había conducido hasta las vísperas del acabamiento humano, desde el presente de la escritura del opúsculo de Nicolosi (la voz de Nievo) hasta la fecha postulada de la narración histórica que transcribe, el año 2222.

Como ocurre en las historias del futuro que parten del presente, incluida la citada de Stapledon, el interés de la anticipación



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

aumenta según se amplía su ámbito, según se abandonan la actualidad y sus intrigas para ir acercándose a un panorama futuro cada vez más general, en el que se pueden mostrar de forma más clara las estructuras subyacentes del devenir histórico y presentarse sus resultados para la humanidad entera. En su «historia filosófica», cuyo adjetivo ha de leerse con ironía, Nievo parte también de su época. El primer libro es un repaso crítico de la situación geopolítica europea hecho por un liberal partidario de la unidad completa de Italia, que cree que se ha de realizar a través de un proceso revolucionario violento dirigido por Giuseppe Garibaldi, y no mediante tratativas internacionales como las que habían dado lugar a la paz de Zúrich, firmada a finales de 1859 y por la que Francia, Austria y Piamonte habían prácticamente detenido el proceso de la unificación italiana, sobre todo para mantener el poder territorial del papa. Nievo escribió rápidamente su historia tras esta frustración de sus esperanzas nacionalistas, pero supo superar las circunstancias de su tiempo, que a veces hacen difícilmente comprensible hoy el primer libro de su historia. Ya el libro segundo se sitúa en el porvenir, aunque cercano, de forma que su anticipación geopolítica, que no pretende ser verosímil, le sirve para atacar cruelmente al papa, al que presenta como una marioneta del zar, esto es, del soberano considerado universalmente en Europa como el representante principal de la reacción antiliberal. Sin embargo, su confianza en los revolucionarios progresistas le hace prever también una revolución socialista (según los ideales utópicos del conde de Saint-Simon) en Alemania, a lo que seguiría una retirada de Rusia de los asuntos europeos en favor de los asiáticos y la formación de unidades políticas cada vez mayores en Europa hasta la creación en

1960 de la federación europea, a la que siguen la federación de las otras grandes partes del mundo. Al mismo tiempo, se produce una acelerada occidentalización del mundo, de modo que se avanza en la mundialización, que Nievo anticipó con acertado espíritu profético, o más bien analítico. De esta manera, su penetración intelectual le permitió limitar la inevitable separación ucrónica con respecto al curso de la historia de nuestro mundo, que rara vez se ha dejado hacer coincidir con las previsiones de profetas y futurólogos.

La perspicacia nieviana se confirma en el libro tercero, donde imagina un curioso procedimiento para que la mundialización supere las diferencias que la religión sigue atizando entre los hombres para impedir que vivan en paz. Una vez olvidados los nacionalismos en el seno de las federaciones continentales y desprestigiado el cristianismo por la vileza política de sus responsables eclesiásticos, el resto del planeta se convierte a una nueva religión, predicada por un campesino checo y consistente en dar prioridad a la vida terrenal, con trabajo moderado y goce de los placeres materiales y psicológicos de la existencia, distrayéndose lo más posible. Esta religión, que tanto se parece a los usos de nuestra sociedad de consumo, se propaga más por imitación que por predicación a todo el planeta, en sustitución de los antiguos tabúes y mortificaciones de las religiones positivas. Una vez alcanzada esta unidad de ideas y costumbres, se puede unificar la humanidad bajo el patrocinio de la nueva iglesia del consumo, por así decir, que está dirigida por un papa inspirado por el pontífice bonachón e indulgente de la canción «Le Dieu des bonnes gens» [El Dios de la buena gente], leída por Nievo en las *Œuvres complètes* [Obras completas] de 1858), de Pierre-Jean de Béranger (1780-1857). El narra-



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

dor cuenta estos hechos con no poca ironía, lo que contribuye a rebajar la valoración de la nueva sociedad mundial resultante. Esto se sugiere sobre todo mediante la historia de la destrucción de los libros por ser gérmenes de la distinción de clases y de revoluciones varias. Aunque el historiador futuro indica que esto redundó en ventaja para la humanidad, lo cierto es que fue entonces cuando se inicia un estancamiento intelectual que acompaña al desarrollo tecnológico producido a raíz del invento de los autómatas, llamados también homúnculos a la manera romántica (por ejemplo, el del *Fausto goethiano*).

El libro cuarto se dedica a la creación y despliegue de estos seres mecánicos por dos fabricantes de máquinas de coser rivales, cuyos móviles egoístas y falta de escrúpulos se desprenden de una narración que retoma el discurso novelístico, diálogos incluidos, como corresponde a los acontecimientos de carácter particular y privado, aunque luego tuvieran unas consecuencias sociales más amplias. El cuento de los inventores ofrece una imagen negra de la naturaleza humana, con el asesinato como ejemplo del uso nocivo de la tecnología desde su misma invención. Con todo, los intereses económicos no permiten que se pierda el invento, que pronto se aplica a la industria y, tras extenderse a todas las actividades humanas, garantiza el ocio de los hombres de carne y hueso. El resultado, pese al abuso de los narcóticos, se diría que es una sociedad utópica, pues reinan la igualdad y la prosperidad. Sin embargo, la falta de preocupaciones se materializa en una enfermedad que se manifiesta mediante la apatía. Esta, el aburrimiento, los suicidios y la entropía general del mundo observable en el enfriamiento del planeta, que sería su destino según la ciencia de la época, son los síntomas del fracaso colectivo de

la humanidad. No se producirá una rebelión de las máquinas, con los andróides o robots a la cabeza, como la que se convertiría en un tópico en la ciencia ficción posterior, pero Nievo nos presenta un porvenir en que las máquinas lo hacen todo y han sustituido en la práctica a un ser humano apático e inútil. La utopía irónica anticipada por Nievo es posthumana, porque en ella los hombres no tienen literalmente nada que hacer, y tampoco parece que se rompan la cabeza pensando, una vez considera perjudicial, además de obsoleta, la tarea de reflexionar y de producir libros como manera de comunicar y difundir las ideas. Nievo predice la clase de felicidad que nos acarrearán la mecanización y la robótica. Mucho antes de que esta empezara a ser realidad, vemos como la tecnología es la panacea, pero también nuestra perdición, a la vista de una naturaleza humana no preparada para la esencial mutación significada por los autómatas. Solo el futuro dirá si el pesimismo agrídulce (utopía material, distopía intelectual) estará justificado a las alturas de nuestro 2222. Lo esté o no, la historia filosófica de Nievo constituye una de las visiones más completas y clarividentes de la literatura de anticipación decimonónica, una visión servida por una escritura historiográfica muy eficaz por su ritmo narrativo y el humor negro que se desprende de toda la obra.

También destaca por su humor negro «O país que ninguém sonhou» [*El país que nadie soñó*], un relato del brasileño Antônio Gomes Neto (1904-1937²) publi-

² A juzgar por la escasa bibliografía que lo menciona, no habría apenas datos biográficos conocidos de este escritor. Sin embargo, en «Gomes Neto e o seu sonho», que es un artículo de homenaje de Bastos Portela publicado en la revista carioca *Fonfon* (XXXIV, 32, 1 de junio de 1940, p. 18), se afirma que había fallecido tres años antes,



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

cado en su colección de cuentos *A vida eterna* [La vida eterna] (1932)³ y que es una de las primeras historias prospectivas en lengua portuguesa. En él también se narra la aparición, propiciada por los intereses de los hombres, de una nueva clase de seres para su servicio y las consecuencias que acaba acarreado. Como en Nievo, el género discursivo empleado es el de la historiografía, pero el brasileño es un autor situado cronológicamente en un período en que la fictohistoria ya había tenido amplio desarrollo, igual que el resto de la literatura de anticipación, de manera que puede prescindir de todo marco explicativo. Los lectores son trasladados directamente doscientos años después del inicio del proceso histórico expuesto. A partir de ahí, la escritura historiográfica también es más consistente que en la historia filosófica de Nievo, en la que existen excursos de diálogo novelístico. Incluso Gomes Neto reproduce, como documento histórico que asiente la autoridad historiográfica de la narración, un fragmento de un artículo de prensa en el que se da noticia del avance médico alcanzado, cuya consecuencia sería la aparición de una nueva clase de seres humanos.

a la edad de treinta y tres años. Había fundado y dirigido el *Jornal de Niterói* [Diario de Niterói] y luego había trabajado en *A Cidade* [La Ciudad] hasta el cierre de esta publicación en 1930. A partir de entonces, se dedicó a escribir libros, actividad que compaginaba con su trabajo de empleado público tras licenciarse en Derecho. Alcanzó a publicar dos libros de cuentos fantásticos y fictocientíficos, a saber: *A vida eterna* en 1932 y *Novelas fantásticas* en 1934.

³ La traducción de abajo sigue el texto de la única edición de este libro: Antônio Gomes Neto, «O país que ninguém sonhou», *A vida eterna*, Rio de Janeiro, Editora «Ars», 1932, pp. 69-78. El texto original se reproduce en apéndice con la ortografía modernizada, porque no ha vuelto a publicarse ni se ha digitalizado.

A diferencia de Nievo, los nuevos seres no son autómatas, sino grandes simios de un país africano llamado Eritrea y que no corresponde a la Eritrea real, pues la de Gomes Neto se encuentra en el hemisferio sur y dista de tener la sequedad de clima de aquella colonia italiana. Esos animales sufren una presión evolutiva especial tras revelarse eficaz el tratamiento rejuvenecedor del doctor Serge Voronoff. Este es un cirujano real que se hizo célebre tras la Gran Guerra por sus injertos de tejidos de testículos de mono en el hombre. Aunque los científicos serios pusieron en duda la eficacia del tratamiento, salvo como placebo, la fama de Voronoff fue inmensa en la década de 1920 y encontró eco en la literatura popular e incluso en la novela científica coetánea (por ejemplo, en la obra de Félicien Champsaur). Gomes Neto simplemente conjeturó un resultado muy distinto ya en 1925, como especie de punto Jonbar que determina una historia paralela a la nuestra, pero en el futuro, de manera que la ucronía resultante es prospectiva.

El artículo citado largamente por el innominado historiador del futuro explica la consecuencia imprevista del procedimiento. La prevista era el éxito científico y material, gracias al cual Eritrea se convierte en la meta de una interminable peregrinación de ancianos en busca de una nueva juventud, una peregrinación que el autor describe irónicamente como análoga a las de católicos a Roma en año santo y que garantiza las enormes ganancias de la compañía italiana que cría los monos, cruzándolos y seleccionándolos para que sean más parecidos a los hombres, de modo que resulta más fácil el trasplante. La consecuencia imprevista de este procedimiento es que los monos evolucionan rápidamente hasta adquirir no solo una inteligencia humana, sino también un aspecto más cercano al nuestro. Final-



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

mente, su humanización resulta tan completa que pronto adquieren costumbres sociales y políticas análogas a las de la raza humana, incluida la demagogia, como queda claramente ejemplificado con un discurso transcrito de un prohombre de Monolandia, la nueva nación creada por ellos. En vista de tal equiparación, sobre todo en lo malo (los monos se muestran dispuestos a recurrir a la violencia para conseguir sus fines), los hombres reconocen la independencia del país de los monos humanizados, de manera que alcanza la consideración deseada en el concierto de las naciones.

Si lo contado se parece a los procesos de colonización y descolonización de las antiguas posesiones europeas y su imitación monesca de las instituciones políticas de los colonizadores, pero multiplicando sus defectos, es una lectura políticamente incorrecta hoy en día que nos guardaremos de atribuir a Gomes Neto. Únicamente señalaremos que su sátira se dirige al menos contra las modas intelectuales llegadas y transformadas por los medios de comunicación de masas en caricaturas, sean las de las glándulas de Voronoff, sean las teorías de Charles Darwin, que el autor brasileño limita burlescamente al prejuicio popular de que aquel naturalista inglés habría dado a entender que descendemos del mono. Los monos de verdad, una vez humanizados (o *postmonizados*), también lo creen, y por eso le levantan estatuas en su capital, con lo que se sugiere

que, en esto como en política, su nivel intelectual está a la altura del de la mayoría de los hombres. Los monos serían nuestros ascendientes; los *postmonos*, nuestro retrato, en el que no salimos demasiado favorecidos. Sin embargo, Gomes Neto evita toda perspectiva apocalíptica. En lugar del paradójico sublime romántico de la sátira fictohistórica de Nievo, el brasileño es un autor novecentista, cuya sátira tiene la ligereza y la elegancia del coetáneo *Art Deco*, un estilo muy popular en su país, como indica el éxito de la escritura, muy similar a la suya, de los relatos satíricos y, a veces, especulativos y prospectivos de Berilo Neves. De hecho, la historia futura de Gomes Neto, que es excepcional en su producción, en conjunto no muy brillante, la podría haber firmado aquel, cuya popularidad fue inmensa en vida. No obstante, ninguna sátira de Neves alcanzó la amplitud y la coherencia interna de «O país que ninguém sonhou». Gomes Neto demostró en ella, igual que lo había hecho Nievo, la potencialidad especulativa y literaria de una historia de las (post)humanidades futuras, asunto también bien ilustrado, en un registro serio e incluso trágico, por Jules Sageret (1861-1944) en su fictohistoria «La race qui vaincra» [La raza que vencerá] (*Paradis laïques* [Paraísos laicos], 1908). En estos días en que el posthumanismo se toma tan en serio, tal vez un planteamiento satírico como el de Nievo y Gomes Neto resulte hoy útil, además de divertido.

Ippolito Nievo

Historia filosófica de los siglos futuros hasta el año 2222 de la era vulgar, es decir, hasta aproximadamente la víspera del fin del mundo

Traducción de Ricardo Muñoz Nafría

© Ricardo Muñoz Nafría, por la traducción, 2021

INTRODUCCIÓN

La ciencia de las analogías ha regalado a la tierra América y al cielo los planetas de Leverrier. Se parece a esas mujeres, nacidas para reinar en los bailes y teatros, cuya belleza cuestionan todos, para luego quedar prendados de ellas a la primera ocasión. Eterna y aún joven heredera de Platón, recorre los confines últimos del conocimiento humano con las alas pintadas de arcoíris, mientras que la ciencia experimental, tabacosa contemporánea de Galileo, tropieza, para vergüenza del antejo de este, con los guijarros del camino del correo. El honor para quien lo merece.

Yo he observado que los jardineros, al proporcionar a las plantas una sucesión artificial y prematura de las estaciones, obtienen floraciones anticipadas. Con sus perfumes, las rosas abiertas al calor del invernadero en pleno invierno cuentan a sus hermanitas, aún durmientes, la historia de un año que, para estas, todavía está por venir. No es poca la paciencia que he tenido para observar esto. ¿Pues quién se preocupa ya de las rosas el año de Palestro y Solferino? Pero mucho más asombroso es que realizara las deducciones a las que llegué. En general, las personas se asemejan a las plantas, y las plantas, a las personas. Todos estamos emparentados por el acto de la creación universal y por la materia del trabajo. ¿Por qué, entonces, no se iban a poder obtener floraciones anticipadas también en el proceso del pensamiento humano? ¿Acaso la filo-

sofía y la química han venido al mundo realmente para nada? Jamás he creído yo semejante barbaridad. Consulté a Liebig, a Schelling, a Cagliostro y al profesor Gorini: luego emprendí el afortunado experimento que me dispongo a describiros.

Tomé media onza de fósforo y una dracma de plutonio, los dos elementos de que se compone la simiente íntima humana; los mezclé a conciencia y extraje de la dosis aquella partícula infinitesimal que probablemente constituya el instrumento pasivo de la inteligencia. Tras haber diluido, a continuación, este átomo arcano en un frasquito de buena tinta negra inalterable y vertido la tinta sobre un papel convenientemente saturado de voluntad y pensamiento por medio del magnetismo animal, obtuve dos páginas grandes de un negro brillante y perfectísimo. Aquí comenzaba la parte mecánica y delicada del gran experimento. Sometí ese papel a la temperatura media resultante de la condensación y sucesión de trescientos sesenta y tres inviernos y trescientos sesenta y tres veranos. El milagro se produjo con exactitud: obtuve la floración pensante de tres siglos por venir con tal precisión que reto a cualquier crítico alemán a que halle en ella algo risible. Como en un negativo fotográfico lavado con nitrato de plata, primero surgieron algunas marcas blancas en aquel papel aparentemente carbonatado; después se perfilaron algunas letras, principalmente las iniciales; luego se dibujaron las palabras enteras; por último, quedó redactada, con elegante caligrafía, la historia que ahora paso a trans-



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

cribir. Que aquel cerebro de la posteridad cuyas ideas he robado con este proceso mágico me perdone el latrocinio: rara vez fueron los pensamientos motivo de felicidad y yo, con esta tropelía, podría haberle hecho un excelente favor.

LIBRO PRIMERO

Desde la paz de Zúrich hasta la paz de Liubiana

Aunque viva por la gracia de Dios en el año de felicidad e indolencia de 2222 y el arte de escribir haya caído ya en desuso como una bobería sin sentido, con todo, para variar la calidad del tedio humano y dar prueba de que los bisnietos no son inferiores a los abuelos de sus tatarabuelos, y para darle la razón a quien no piense en nuestras dichas actuales, he llegado a la determinación de escribir la historia de los tres últimos siglos.

El extraordinario sentido común del segundo patriarca de la república universal, que llevó a efecto el sabio propósito de destruir todos los libros anteriores al año 2000, me dispensa de la molestia de elegir un estilo para mí. Usaré el de la verdad, que es el más breve de todos.

Había memoria, en los antiguos escritos, de una Paz de Zúrich acordada entre algunos hombres en 1859 o en torno a ese año. Aquella paz no contentó, según parece, ni siquiera a quienes la habían celebrado, pues, ya antes de separarse, habían establecido entre ellos que otro congreso revisaría las cuestiones que tan mal habían tratado.

A decir verdad, yo me resisto a creer semejantes afirmaciones. Pero con la lejana oscuridad de aquellos tiempos y ante la falta absoluta de documentos, resulta necesario confiar enteramente en el recuerdo de las tradiciones más comunes.

Me limitaré a mencionar las dudas que contra estas aduce la crítica pura.

¿Por qué aquellos hombres habrían dado por concluido un litigio que, de acuerdo con su confesión, debía juzgarse de otra manera? ¿Por qué habrían hecho algo que propondrían deshacer en el congreso? ¿No era mejor recurrir directamente a este? ¿O bien entregar la causa a quienes tenían interés por ella? De las primeras conferencias a las segundas no habría existido diferencia alguna sino que en aquellas discutían solo tres hombres y, en estas, diez o doce. Así pues, ¿qué mayor fundamento de derecho, qué mayor autoridad ofrecería a los veinte, a los treinta, a los cien millones de recurrentes el juicio de doce que el de tres? Hablo desde el raciocinio, y, con tales inducciones, ese preámbulo de Zúrich me parecería un acontecimiento más imaginario que otra cosa; pero, al fin y al cabo, las tradiciones hablan claro, y yo no me opongo a los venerables disparates de nuestros antepasados.

En aquellos tiempos, cuando las pasiones pecaban por exceso de actividad y todavía no se habían inventado los *hómunculos* u hombres máquina y de segunda mano, se ponía fin a las disputas entre las naciones por un medio expeditivo, que se llamaba «la guerra». Era esta un arte inventado y perfeccionado con la precisa intención de destruir a los hombres. Y, puesto que los hombres de aquella época eran turbulentos y malignos, ese arte era, en general, un gran mérito de la civilización. ¡Qué pena que, hasta entonces, los más turbulentos y malignos lo hubieran empleado por completo en su propio beneficio y en perjuicio de los pacíficos y honrados! Pero estos últimos, precisamente en 1859, comenzaron a aprender de sus opresores y les pagaron, como se suele decir, con la misma moneda. Y este acontecimiento de suma importancia para la



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

historia de los siglos siguientes tuvo lugar en la Italia septentrional. En cuanto a las causas que sacaron del código de las naciones aquel medio ejecutivo y sanguinario de la guerra, se tratarán con mayor detalle al llegar al periodo del enriquecimiento universal y la multiplicación de los *homúnculos*.

Así pues, aquella Paz de Zúrich, que o no se celebró nunca o, pese a su celebración, se granjeó el descontento de todos, conllevó que los hombres sintieran más que nunca la imperiosa necesidad de una nueva guerra. La primera había comenzado porque los italianos querían ser amos en su propia casa y expulsar al otro lado de las montañas a los alemanes, que los vejaban con tributos abusivos, con el impuesto de capitación, con encarcelamientos e incluso con la censura, que era, según parece, un bozal para la inteligencia, pero cuyo funcionamiento resultaría ahora difícil de imaginar. La segunda, mera guerra de continuación, debía aspirar a lograr en la realidad aquello que la primera vez se había conseguido solo en apariencia, y consistió en un pedazo de papel.

Pero a este propósito, que ahora parecería bárbaro y entonces resultaba encomiable y revelaba a los italianos como hombres de buen gusto, se oponía, por desgracia, una cláusula de la Paz de Zúrich. Antes de emplear la vara con las bestias, el congreso se había reservado la molestia de persuadirlas con razones. ¡Si por lo menos hubieran sido bestias amaestradas! Pero los sujetos con los que tenían que bregar los italianos de entonces eran bestias de escasa pureza. Sin embargo, se avinieron a la voluntad de la mayoría, y de los más fuertes. Después de la opinión de los tres, se sentaron a escuchar la de los doce.

Uno solo no se avino a sentarse y su nombre ha de salvarse de la oscuridad, tan merecida por los demás: fue el general

Garibaldi. Europa gritaba «¡congreso!»; él respondía «¡guerra!». Los diplomáticos susurraban «¡pluma, papel, tintero!»; él clamaba «¡fusiles, fusiles!». La suya pareció una temeridad excesiva, y no era sino prudencia, pues habría ahorrado algún que otro año de servidumbre, lágrimas y temores. Se escuchó a todos salvo a aquellos sobre los que había de pronunciarse sentencia. Papa y cardenales, en quienes ya nadie creía, príncipes y duques, expulsados de sus tierras a manzanazos en la espalda, policías y ministros retirados hablaron majestuosamente ante las asambleas supremas con la autoridad que les conferían sus títulos. Hablaron también los pueblos, pero se creyó concederles demasiada gracia cortando el mal por la mitad, y así se llegó a un nuevo ordenamiento del Derecho público europeo que, por su insigne monstruosidad y como ejemplo de la necedad antigua, merece ser recordado a grandes rasgos.

Creo que las tradiciones, satíricas y poco fiables, han añadido algún defecto a esa inestable trabazón de chatarra apuntalada. Y no alcanzo a comprender cómo las mismas tradiciones mencionan extravagancias todavía más irracionales y heterogéneas que se denominaban, según ellas, los «Tratados del 15». Será, quizá, un error y confusión de fecha, y tanto estos tratados como aquel del que hablamos no constituyen, en realidad, sino una sola cosa, informe, vanagloriosa y estúpida como nunca antes se había visto.

Con esto no pretendo decir que en aquellos tiempos, también en los sanedrines políticos, faltaran hombres de ingenio y corazón. Pero todavía no se había aprendido a vivir completamente en el año corriente, y esa indecencia de querer dar una parte del legado del 1800 al 1700, al 1600, y más atrás aún, confundía las ideas y echaba por tierra la buena voluntad de los mejores.



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

Cosa buena es la memoria; pero el sentido común es, de lejos, mejor. Si bien aquella resulta admirablemente útil a efectos poéticos, yo confío, en lo que respecta a la política, en que los hombres no se vuelvan a desviar del segundo. Bastaría la extravagante e infeliz evocación de aquel infausto congreso para convencerles de semejante necesidad.

Al papa no solo se le permitió seguir siendo papa, rey y soberano, sino que pareció poco el *triregnum* y se le incorporó una cuarta coronita de no sé qué protectorado mal definido sobre hombres caprichosos que llevaban siglos gritando que no querían de él ni que les desangrara los bolsillos, ni que les brindara protección, ni que los catequizara. Los alemanes conservaron Venecia a condición de que se mostraran serviciales y pudieran contentar a aquel pueblo que había jurado no poder contentarse hasta haberles visto en gran ruina. Se cambió el puesto a algún duque, y el nombre a alguna vieja institución; se recomendó al rey de Nápoles y, sobre todo, se recomendó a los pueblos que se mostraran felices, gritaran hurras, volvieran al teatro y creyeran, en santa paz, en la liberación de Italia.

Los pueblos que se habían avenido al congreso por el cómodo deseo de encontrarse la polenta ya preparada sin tener que remover la cuchara, cuando vieron servido aquel calducho de mil sabores, volvieron a las viejas costumbres, a los primeros sentimientos, a los tumultos, a Garibaldi. Los alemanes, dignos hijos de sus padres, para dar muestras de esa lealtad, surgieron de repente de Verona y de Mantua: pero se toparon con italianos que podían ser los padres de sus padres en lo que a buen juicio se refiere. Y con la fuerza militar, que en aquel intervalo se había aumentado considerablemente, con la concordia facilitada por unos gobiernitos más que caducos y derrocados, con in-

trepidez, con constancia, opusieron un dique al torrente. Nápoles no fue ya de los Borbones, sino de Nápoles, y mandó setenta mil hombres al Po; el Piamonte y la Lombardía ya tenían en el Mincio a ochenta mil; sesenta mil enviaron la Toscana y la Romaña; y el papa y los cardenales se quedaron solitos en Roma como en un cónclave perpetuo, protegidos, más que por los paladines pontificios, por un piadoso olvido.

¿Qué le quedaba por hacer a Francia? Tomar aprisa su parte de los segundos triunfos para no perder el mérito y el fruto de los primeros. Italia, para no hacerse culpable de su propia servidumbre, había cercado a los austriacos y les había dado caza en sus cubiles. Francia, para no inculparse a sí misma de haber dado un consejo demasiado bueno, se apresuró en ayudarla a desanidarlos. Y a la toma de Verona y a las victorias de Castelfranco y de Pordenone sucedió la Paz de Liubliana, que «liberó a Italia de los bárbaros», por decirlo con palabras de Julio II, y también de la barbarie de su sucesor, limitando su dominio temporal a la ciudad y al campo de Roma.

Esta fue la Paz de Liubliana, que encaminó admirablemente la unificación de Italia al dejarla dividida en solo dos reinos que, para reunirse, no parecían esperar sino a la decadencia absoluta del poder teocrático temporal y la restitución de Roma a su condición histórica y geográfica de cabeza de las gentes italianas. Y con estos acontecimientos se entremezclaron las primeras conquistas de Rusia en Bulgaria, la concentración prusiana en Alemania, la perforación del istmo de Suez y la colonización francesa en Egipto, la pérdida de Galitzia por parte de Austria y el declive de esta potencia, si no de grandeza, sí de influencia, que pasó a ser completamente secundaria.

Digamos que todos estos acontecimen-

Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

tos, si bien no culminaron entonces, al menos comenzaron a bullir en los años que siguieron al 1859 y alrededor de la época del Tratado de Liubliana. Y no se puede concretar la fecha precisa, porque, como hemos dicho, la fausta y providencial destrucción de todos los libros anteriores al 2000 nos priva de satisfacer estas minuciosas curiosidades.

LIBRO SEGUNDO

Desde la paz de Liubliana hasta la Federación de Varsovia (1960)

La opinión de aquellos que, pocos años antes, habían querido recrear en Italia el siglo de Gregorio VII y confiar la península al gobierno del papa colocando a su lado a Garibaldi y al rey de Nápoles, para que le llevaran uno el pañuelo y el otro la tabaquera, recibió, también después del Tratado de Liubliana, un nuevo desmentido.

En verdad, el dominio temporal de la Santa Sede había quedado reducido a bien poco. Y si los cismáticos rusos y los herejes ingleses y americanos no hubieran repuesto las bolsas romanas con alguna cuenta de hospedaje y alguna compra de antigüedades, la propia Roma habría corrido el peligro de permanecer despoblada y habitada únicamente por Pasquino y el papa.

Por fortuna o por desgracia, al débil Pío Nono lo había sucedido en la cátedra de san Pedro un pullés intolerante que había asumido el nombre de Juan XXIII y se sentía muy propenso a imitar a los papas de este nombre en la furia de los entredichos y las excomuniones. Los italianos no dejaron de darle abundantes pretextos para ello; y he aquí, en mi opinión, donde se precipitaron un poco los acontecimientos.

El poder temporal del papado, reducido a tamaña insignificancia, no despertaba el recelo de nadie; y los cardenales escarlatas y púrpuras, con cuatro mil paulos de estipendio, no podían favorecer gran cosa la propaganda jesuítica. ¿Por qué este afán de hostigar a un fantasma? ¿De granjearse así la enemistad del clero nacional y la galante ortodoxia foránea? ¿De poner en peligro la tranquilidad de uno por una adquisición pequeña o incierta? No obstante, creo que había alguna razón que esgrimir.

Ante todo, por absurdo que sea en sí mismo el poder temporal de un pontífice, ya posea poco o mucho, siempre queda ese absurdo. Y luego, la conservación de algo del antiguo patrimonio dejaba aún una secreta ilusión de readquirirlo todo y enardecía los ánimos jesuíticos para conjurar contra el poder secular y en perjuicio de la patria. Cabe añadir que la ocupación papal de Roma impedía la unificación completa de Italia, ya que excluía el único centro en que podrían fundirse los dos reinos, el muratiano de Nápoles y el saboyano de la Alta Italia. Por ello, los italianos gritaban contra el papado; y los extranjeros, que entendían poco del tema, gritaban contra aquellos. No faltaron tampoco los apóstoles de la paz que aconsejaban la paciencia: pero la paciencia está bien tenerla cuando las desgracias ocurren fuera de casa.

El hecho es que el papa, amenazado por los liberales italianos, recurrió a Rusia para defenderse, y Francia, a fin de mantener alejada la preponderancia del gigante septentrional, que ya tocaba Constantinopla, se vio obligada a intervenir una vez más.

Así estaba la situación cuando al emperador de los franceses le sobrevino la muerte y, tras cuatro meses de regencia en los que se produjo algún disturbio en el país, estalló la revolución, Napoleón V sa-



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

lió a Alemania para esperar allí la revancha y tanto los orleanistas como los republicanos, y hasta aquel viejo corpulento del conde de Chambord, descendieron al campo para disputarse el poder.

De nuevo se inauguró la acostumbrada república en París mientras el papa se embarcaba en una fragata inglesa en Porto d'Anzio. Y la barquilla de san Pedro volvió a ser ya no una metáfora, sino una realidad. Inglaterra, que había decaído de su antiguo esplendor por la liberación definitiva de las Indias, por el comercio de Oriente abierto a todos los pueblos a través del canal de Suez y por las grandes minas de hierro descubiertas y excavadas por los rusos en el centro de Asia, pretendía vengarse de las naciones conservando religiosamente la manzana de la discordia. Como aquella veía que, solo con sus fuerzas, el papa habría permanecido a bordo mucho tiempo sin pescar ni almas ni peces y sin darle a ella la oportunidad de pescar poder y millones en aguas revueltas, tramó un tratado secreto con Rusia y depositó al santo padre con catorce cardenales en las playas de Crimea.

Nicolás II, zar de aquel tiempo, no se parecía en nada al paciente Alejandro II, vencedor del Cáucaso y emancipador de los siervos. Era de esos que quieren robarle el oficio al tiempo y hacer solos en su reinado aquello que quizá únicamente pueda llevar a término una dinastía larga y afortunada. Tener la cabeza en las nieblas heladas del Nevá y del mar Blanco, los pies sobre las arenas doradas del Bósforo, una mano sobre China y la otra sobre Italia, señorear los dos mundos y las dos Romas, e imponer al universo entero el sello cosaco: era un designio que no desagradaba al heredero de Pedro el Grande y del primer Nicolás.

Los dos soberanos, los dos papas, se encontraron sobre la costa de la Táuride: Juan XXIII, el déspota del pasado, y Nico-

lás II, el dominador del presente, se entendieron con una mirada, y las palabras que se mantuvieron a continuación sirvieron de aclaración gratuita.

—¿Qué queréis, Santidad? —preguntó el tártaro incivilizado.

—Lo que queréis vos, majestad —respondió el sumo sacerdote latino.

—¿Es decir?

—Es decir, que yo quiero el dominio del mundo, por cuanto a él me dan derecho las bulas de mis santos predecesores.

—¡Para conquistar el mundo, me imagino que pretenderéis comenzar por alguna parte!

—¡Pretendo comenzar por Roma! Deseo expulsar de la sede de los apóstoles a esos excomulgados que han irrumpido allí para consagrar la impiedad y la mentira.

—Bien, yo os ayudaré a recobrar Roma: pero ¡las cuentas claras!, que mi parte del mundo la quiero conservar yo.

—¡Ay, majestad, si accedierais convertirlos! Si...

—¡Basta! En eso ya pensaremos después. Entretanto, yo os designo como residencia las ruinas de Sebastopol, y allí podréis pontificar a mis expensas hasta que las naves de Inglaterra y mis tropas hayan abierto la desembocadura del Tíber y las puertas de la Ciudad Eterna. ¡Dios sea con vos!

—¡Y que el cielo bendiga las armas de su majestad! —a partir de aquel día, Sebastopol se convirtió en la tercera Roma o la segunda Aviñón, y de allí partían cada domingo muchas cargas de excomuniones para uso de los occidentales.

Mientras tanto, el zar e Inglaterra no perdían el tiempo. Con el pretexto del papa, estaban de acuerdo en invadir Italia, tomar de ahí el impulso para subvertir el nuevo orden establecido en Francia y dirigirse después, naturalmente, a dominar Alemania, que, sierva habitual de Rusia y atrapada entre dos fuegos, no se plantea-

Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

ría oponer resistencia. El zar se convertiría entonces en el emperador universal, el papa de Roma quedaba como un vasallo suyo e Inglaterra, como su esbirro. Los tumultos internos franceses y las rivalidades de los dos reinos italianos les facilitaron llevar a buen término la primera parte del plan. Se restauró el papado romano; Francia, invadida, se sacudió espontáneamente la dinastía orleanista, y Occidente parecía listo para caer de hinojos ante el ídolo del Septentrión. Pero la perezosa Alemania fue esta vez quien desbarató los cálculos.

Ya desde hacía mucho tiempo, las pasiones socialistas y la agitación sansimoniana bullían bajo los somníferos cipreses de la patria de Arminio. Avivadas por la vileza de los gobernantes, que no se oponían para nada al predominio ruso, y azuzadas por la necia insensatez de los señores cruzados, aquellas pasiones se desencadenaron y ejércitos de proletarios alemanes ebrios de cerveza, vino y fanatismo descendieron de los Alpes y del Rin.

Veinte años duró este nuevo diluvio, durante los cuales nada de aquello que había en el mundo permaneció vivo e intacto. La revolución que un siglo antes había tenido lugar en Francia no había sido sino un pequeño proemio descolorido de esta. Se dice que un poeta alemán, un tal Heine, la había profetizado, y que por eso murió exiliado de su patria.

Hacia 1920, dos potencias colosales encontramos en Europa, Alemania y Rusia: la republicana y la despótica, la una frente a la otra. Francia, España e Italia van siguiendo, a disgusto, las huellas de esa, sobre todo la última, a la que el papado, si bien mediatizado y reducido a un puro sacerdocio, sigue molestando mucho. Inglaterra comercia, muda y miope como un siglo antes Holanda. América aplaude no sé si más la ruina industrial o las bacanales democráticas de la antigua Europa.

Por aquel entonces hubo aún un Bonaparte que, mediante la restauración y la reorganización del poder militar en Francia, rompió aquel antagonismo solitario y peligroso de los dos colosos y, al erigirse en una tercera potencia, posibilitó el proyecto de una liga europea. Pero para llegar a esto hacían falta muchos años todavía, y más que cualquier otra cosa, una revolución en Rusia.

Esta sucedió en 1950 y, con el desmembramiento del cuerpo del imperio exterminado y la persecución de los últimos reductos de los turcos en Arabia, dio origen en la Europa oriental a la reconstitución del imperio bizantino, del reino de Polonia y del imperio ruso propiamente dicho, que poseía la confederación asiático-persa en el centro de Asia igual que Inglaterra había sido dueña de las Indias en el periodo anterior.

Entonces, por invitación de Francia, se reunieron en Varsovia los representantes de los distintos pueblos europeos para llegar a una federación; y se contaron doce Estados: los imperios ruso y bizantino, los reinos de Inglaterra, Polonia, Italia, Irlanda, Escandinavia y España, las repúblicas francesa, alemana, suiza y danubiana. La federación vino precedida por un tratado que ratificaba, como garantía de los pueblos, la tripartición de Rusia; la separación de Inglaterra con respecto a Irlanda; la unificación de las dos penínsulas, la italiana y la ibérica; la cesión del poder temporal del papa; la independencia de la nueva república cantonal danubiana, que comprendía a los magiares, los serbios, los dálmatas, los búlgaros y los rumanos; por último, la anulación de Austria y Prusia, y la paz universal basada en un código internacional y una Dieta europea, con reuniones cada tres años en Varsovia, Hamburgo, Marsella y Venecia.

Este acto se juró en 1960; y en 1961 se ultimaba en América la federación del



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

continente septentrional con la gran península meridional y española. Así, desde ese momento, al margen de la parte bárbara y China, dos grandes ligas de pueblos civilizados avanzaban diligentemente hacia el perfeccionamiento de la sociedad.

LIBRO TERCERO

Desde la Federación de Varsovia hasta la revolución de los campesinos (2030)

Aconteció poco después que un agricultor de Bohemia llamado Giovanni Mayer hizo correr la voz de que él era el Mesías, que había llegado la plenitud de los tiempos y que, por obra suya, comenzaría en el mundo el siglo de oro o el milenio verdadero. Como la tolerancia absoluta ya se había convertido en un dogma social, no se prestaba atención a los cuentos del buen arrendatario. Pero estos, entretanto, arraigaban entre aquellas gentes sencillas de Bohemia, y, puesto que las doctrinas que enseñaba Mayer eran de una moral purísima y de carácter jovial, así, sin encontrar oposición alguna, sus prosélitos iban creciendo cada vez más en número y en fervor.

Una condesa de Moravia, para hacer que su marido se las pagase por haberla tenido tiranizada toda la vida, pensó a su muerte en dejar a Mayer como heredero de su patrimonio, que ascendía a unos cuantos millones. Entonces, este se estableció con gran pompa en su nuevo señorío, mostró a sus adeptos el dedo de Dios con aquella fortuna inesperada y tomó el título de *Papa de la buena gente*.

Toda Alemania se llenó de sus seguidores. Él mantenía la mesa servida a lo largo de las cuatro estaciones; y parecía realmente que la Providencia le hubiera advertido de que era más fácil conquistar los intelectos de los alemanes de abajo

arriba, asaltándoles por el estómago, que de arriba abajo, deslumbrándoles con metafísica. Fichte quedó derribado.

Hegel, con cuarenta años de filosofía, logró tan solo a un verdadero adepto, y era su portero. Mayer, en veintiocho meses, tuvo a un pueblo de creyentes; y las más hermosas señoritas y los más vivaces galanes de Praga, Dresde y Múnich entraban en ese número. El secreto de la fortuna reside en esto, en dejarse remolcar por la moda; y el *Papa de la buena gente* adivinó este secreto.

Fuera como fuere, la buena gente creció hasta tal punto que el Gobierno alemán creyó oportuno inspeccionar sus intenciones. ¡Qué cierto es que todo Gobierno apesta a Carlos V! Se convocó una asamblea y se llamó al *Papa de la buena gente* a dar cuenta de sus principios.

—¿Quién sois vos? —le preguntó el referendario, pues los alemanes, hasta aquel siglo, habían conservado muy puras las tradiciones de la pedantería patria.

—Soy Giovanni Mayer de Josephstadt, Bohemia, antes agricultor de profesión, ahora Mesías y *Papa de la buena gente*.

—¿Con qué derecho os habéis hecho papa?

—Con el derecho con el que mi hermano se ha hecho zapatero y su señoría, referendario.

—¿Y por qué hacéis creer que sois el Mesías?

—¡Cáspita! ¡Porque lo soy!

—¿Cómo? ¿Vos sois el Mesías? ¿Pero dónde tenéis las pruebas?

—Mesías quiere decir, por lo que sé, *aquel que porta la buena nueva*; pues bien, yo he portado la buena nueva y soy un mesías.

—¡Oigamos esta buena nueva!

—La buena nueva que yo he traído es esta: que se vive para vivir, que por eso hay que vivir bien, y que a vivir bien con-

Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

tribuyen el buen humor, el trabajo moderado y hacer y recibir buenas obras. He aquí mi religión, que salva, alegre y contenta a todos, menos a los ociosos y a los granujas. El mundo está hecho para todos. Hace falta apartar aquel viejo salmo de la mortificación de la carne, inventado por los ricos en detrimento de los pobres. Es preciso dar a todos una porción de felicidad aquí, en este mundo, donde tenemos la seguridad de disfrutarla. Que del resto se ocupe Dios, ¡y salud a todos!

La asamblea se quedó estupefacta. El referendario y su mujer acudieron aquella misma tarde a visitar al *Papa de la buena gente* y se inscribieron entre sus fieles. Desde entonces, ya no suponía una humillación inclinarse ante el sentido común allá donde se encontraba, y el Mesías de la gozosa nueva tuvo una óptima acogida por parte de las más distinguidas personalidades de la ciudad.

En Viena, algunos descendientes de los Schwarzenberg, de los Lichtenstein y de los Metternich quisieron hacerle la guerra. Él los excomulgó con un brindis, y un inmenso fragor de carcajadas desde el Rin hasta el Danubio hizo justicia con aquellos godos pigmeos. La nueva sociedad se iba ampliando más y más; no se la llamó religión, porque no exigía la obligación de religión alguna sino la de estar contentos. El extraordinario desarrollo de la agricultura, del comercio, de las industrias, del vapor y de las máquinas en general la beneficiaba sobremanera al abaratar la vida. Todo era actividad, comodidad y alegría. ¡Imaginaos una república inmensa con Béranger como presidente!

El papa de Roma, que no por haber dejado de ser rey del Lacio y exarca de las Romañas era menos papa que antes, no podía ver semejantes innovaciones con buenos ojos, e hizo todo lo posible por averiguar a qué aspiraban esas extrañas teorías. Puesto que se habían mezclado en

aquellas novedades muchísimos protestantes, cismáticos y hebreos, se ilusionaba a veces con que se produjera un feliz giro en favor de la ortodoxia. Pero el *Papa de la buena gente* respondió a las ilusiones del papa de Roma con una invitación a almorzar, y las negociaciones quedaron ahí.

Entonces el ruso, el otro papa del norte, comenzó a resentirse; y entre apretar por aquí y resoplar por allá, por obra de los papas y a causa del tercero, se cernía sobre Alemania una guerra espantosa. Bajo ningún concepto habrían querido que el mundo se enamorase de una moral tan clara, sencilla y alegre. ¿Dónde encontrarían, entonces, a sus cosacos, a sus jesuitas? El miedo era legítimo.

El *Papa de la buena gente*, Giovanni Mayer, de excelente memoria, ofreció un trato. Él se tomaba dos años de tiempo para salir de Europa a condición de que le prometieran no estropear sus propósitos en Asia y Australia. Dicho y hecho: él mandó a los confines de Siria a algunos miles de sus devotos con un cargamento de esquejes de vid del Rin y de la Champaña; y, una vez que tuvo noticia de que los terrenos estaban dando frutos en abundancia y que las plantas habían prosperado, se embarcó con una jovial multitud de seguidores y se asentó en su nueva patria.

Los jesuitas se mofaban al observar la poca firmeza de estas misiones emprendidas sin auténtico fervor en los países de los árabes y los turcomanos. Giovanni Mayer reía y canturreaba jurando que el vino del Rin prensado a orillas del lago Aral era mejor que el original.

Las tribus indígenas que vagaban por los alrededores se encapricharon en buena medida del atractivo modo de vida de los recién llegados. Trabajar con moderación, vivir tranquilos y alegres, y librar uno de cada tres días era mejor que deslomarse



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

noche y día para desvalijar una caravana cada dos años. Por decirlo en pocas palabras, sin tanto sermón, se convirtieron: no se dice si se bautizaron, pero se sabe con certeza que fijaron su residencia, que comenzaron a cultivar la tierra, a hablar lenguas occidentales y a hacerse civilizables. Crecía la emigración de Europa, crecían las conversiones de los asiáticos y la nueva federación del Asia central se volvía una novedad imponente. El despotismo ruso quedó escarmentado al menos por ahí.

Entretanto Europa, abandonada por sus mejores ciudadanos y minada una vez más por las intrigas despóticas y religiosas, estaba expuesta a nuevas convulsiones. El orgullo y la holgazanería penetraron poco a poco en las plebes rústicas junto con aquel barniz de educación que la avaricia de los señores no se había tomado la molestia de profundizar y consolidar. Fue un momento de crisis tan vital que, si no llega a ser por el sentido común natural de las gentes latinas y el reflujó desde Asia de los buenos elementos instilados treinta años atrás, la humanidad habría estado acabada.

Adolfo Kurr había sucedido a Giovanni Mayer en el buen papado del Asia central: había edificado una nueva Babilonia y la llamaba «la capital de la humanidad». Su imperio se había extendido en poco tiempo desde las tribus de Arabistán hasta las fronteras de China, y, junto con el imperio, también las industrias, el comercio, las vías férreas y los telégrafos. Las materias primas, que con tanta abundancia se recogían en aquellas regiones, alimentaban esta repentina resurrección de vida, y la energía musulmana se había fundido y transformado en aquella forma general de actividad civilizada. En el centro de Asia no había ya ni turcos, ni persas, ni afganos, ni curdos: había hombres.

Adolfo Kurr no quiso dejar sola la ma-

dre patria ante una revolución intestina y brutal, que habría esterilizado en ella todo germen de civilización. Planeó una expedición de los suyos para restablecer allí el orden y la armonía entre las distintas clases sociales convirtiéndolas, si era posible, en una sola. Respaldados por Italia, España y Francia, donde los nuevos disturbios habían encontrado pocos partidarios, los nuevos civilizadores pacificaron en seis años Alemania, las provincias danubianas, Polonia y Escandinavia. Y mientras se producían semejantes prodigios en Europa y se sentaban las verdaderas bases de la sociedad actual, en Asia, los rusos abrían las puertas de China de par en par y conquistaban trescientos millones de prosélitos a la influencia europea.

En el año 2030, la federación asiática abarcaba la mayor parte de ese continente desde Siria hasta las Indias y China. Las variedades más grandes de estirpes, lenguas y razas concurrían allí con la misma riqueza de agricultura, industria y ciencia práctica. La vía férrea realizó aquel año su primer recorrido de Estocolmo a Pekín, y de Petersburgo a Calcuta.

Entonces se pensó en un congreso de todos los pueblos del mundo, es decir, de las tres grandes federaciones: la europea, la americana y la asiática. Ese congreso se reunió en Constantinopla bajo la presidencia de Adolfo Kurr y trató todas las cuestiones de interés para el bien de la humanidad. Antes que nada, se abordó la de la ciencia. Y, puesto en pie con una larga oración para demostrar que la abundancia y la maldad de los libros había ocasionado hasta ese momento la diversidad de clases y las revoluciones más perniciosas, el propio presidente propuso la destrucción universal de estos libros, una vez que una sociedad de eruditos hubiera extraído un índice enciclopédico, cosa que se llevó a cabo para gran provecho



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

de los hombres. Y después, tras muchas otras deliberaciones de excelso ingenio, se disolvió el congreso con la proclamación de Adolfo Kurr como sumo patriarca del mundo y benefactor del género humano. Este contaba a la sazón ochenta años de edad y murió tres años más tarde, y le sucedió, por libre elección, Samuele Dalnegro de Pisa, celeberrimo economista.

LIBRO CUARTO

Creación y multiplicación de los homúnculos (2066-2140)

El azar, es decir, la actividad humana individual e irregular, ha presidido los periodos históricos de la vieja sociedad; la nueva reconoce su desarrollo creciente y regular a partir de la industria, es decir, de la actividad humana colectiva y en progreso. Nos referiremos ahora a una revolución científica que obró en la sociedad humana el mayor cambio que se haya producido jamás; y, después de una oscilación espantosa de algunos lustros, la detuvo de forma estable sobre los cimientos inamovibles en los que ahora descansa. La introducción de las lenguas articuladas, la formación de las familias, el descubrimiento de la navegación, la agricultura, el establecimiento de las ciudades, la codificación moral religiosa, el dogma de la igualdad humana, la invención de la pólvora y la imprenta, el triunfo de la libertad de conciencia, la aplicación del vapor y la electricidad, la ordenación definitiva de la nacionalidad, la concordia democrática universal y la sanción social del derecho a vivir bien habían llevado a la humanidad, metamorfosis tras metamorfosis, a no reconocerse ya en su forma original. Pero la revolución que ahora nos ocupa supera, por el milagro de la causa y por la grandiosidad de los efectos, cual-

quier otra obra que haya seducido la imaginación humana.

Todos reparan en cómo aludo a la invención de los *homúnculos*, también llamados «hombres de segunda mano» o «seres auxiliares». Su creación, no más de ciento sesenta años antes de nuestra época, se pierde ya en la incertidumbre y la oscuridad de la leyenda; pero las mejores autoridades se ponen de acuerdo en atribuir su mérito a Jonathan Gilles, mecánico y poeta de Liverpool. He aquí, según cuentan los cronistas, cómo sucedió.

Jonathan Gilles y Teodoro Beridan eran vecinos. Ambos fabricaban máquinas de coser; ambos eran despiertos de ingenio, pobres, viciosos y envidiosos. Se espiaban mutuamente para tener ocasión de murmurar el uno del otro y robarse las prácticas, los clientes y los secretos del oficio.

De pronto, Beridan comenzó a llevar una vida retirada, a abandonar las tabernas que tanto solía frecuentar, a descuidar el comercio habitual y a no dejarse ver en el taller. No bajaba casi nunca de la planta superior de la casa y a menudo, a muy altas horas de la noche, se veía el brillo de su lámpara a través de las rendijas de los postigos. Pero él se daba cuenta de que lo observaban y tapó toda rendija a conciencia. Desde entonces, solo algún que otro martillazo daba señales, durante dos o tres días, de que esa casa estuviera habitada.

Jonathan padecía todos los suplicios de la envidia. ¿Qué estaría haciendo Beridan? ¿Qué máquina sobrenatural estaría perfeccionando? Se devanó los sesos hasta tal punto que, para no volverse loco, decidió satisfacer su curiosidad a cualquier precio. Una noche se encaramó al tejado del vecino, descendió con cuidado por el conducto de la chimenea y, detrás de una pantalla diligentemente perforada, se quedó a aguardar la revelación del misterio. Sabía que aquella era justamente la



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

chimenea del laboratorio de Beridan.

Espera que te espera, este entró por fin. ¡Pero cuál fue el asombro de Jonathan al ver que aquel no estaba solo! Le hacía compañía un hombrecillo pálido y enjuto que movía las piernas y los brazos en ángulo recto y, en lugar de voz, dejaba oír un cierto sonido gutural que se parecía al lenguaje de las ocas. El hombrecillo se plantó delante del mecánico como un soldado que se dispone a aprender el ejercicio. —¡Siéntate! —le gritaba Beridan, y el hombrecillo se sentaba—. ¡Camina! —Y el hombrecillo caminaba—. ¡Escribe! —Y el hombrecillo se sentaba al escritorio y trazaba un par de palabras—. ¡Siempre esas dos palabras!, ¡nada más que esas dos palabras! —exclamaba el mecánico—. ¿Qué he de hacer, qué he de hacer para que sus movimientos no se rijan por los muelles que tiene en las articulaciones, sino por la necesidad de la labor a que se apresta?

—¿Qué puedes hacer? —pensó Jonathan detrás de la pantalla de la chimenea—, ¡hay que elaborar mecanismos, muelles y aparatos químicos tan delicados que sientan la diferencia y el valor de los obstáculos con los que se topan y trabajen en consecuencia! ¿Así que tú has creado el autómeta...? ¡Chiquitín, ya verás de aquí a tres o cuatro meses! ¡Yo habré creado al hombre!

Volvió a alcanzar el tejado a fuerza de rodillas, desde allí regresó a su casa y se puso a trabajar en el embrión del hombre, es decir, el autómeta. Pero por más que hiciera y deshiciera, imaginara, ejecutara y probara, aquel bendito autómeta no salía nunca. El pobre autor sentía la potencia de terminarlo y no la de comenzar; le faltaba la paciencia mecánica, ¡a él, que en tan alto grado poseía la síntesis científica! Tres meses de trabajo y él seguía estancado en el primer paso; el autómeta no se movía ni realizaba ningún movimiento convulsivo a la manera de un epiléptico.

Un día, el pobre Jonathan llamó cabizbajo a la puerta de Teodoro y le anunció que tenía que comunicarle asuntos de la máxima importancia. Teodoro le hizo entrar y se sentaron junto al hogar, uno a cada lado. Ahora bien, antes de abrirse más, Jonathan exigió al vecino que le asegurase que, si tuvieran que unirse los dos para lograr algún propósito milagroso, lo harían de buena fe, sin envidias ni disputas sobre las ganancias, que se dividirían por la mitad. Beridan asintió a todo y se dispuso a escuchar.

—¡Escucha! —murmuró el otro a su pesar—, he hallado la manera de hacer que una máquina humana artificial actúe casi libremente dentro de una esfera de acción determinada.

—¿La habéis encontrado? —exclamó Beridan con una mirada de rabia y codicia.

—Sí, la he hallado —añadió con énfasis Jonathan—, pero para sacarle partido me falta algo muy esencial; me falta la máquina humana, pues, por más que lo haya intentado en tres meses, aún no he conseguido componerla.

—¿No os falta nada más? —gritó Beridan echándole los brazos al cuello—. La máquina humana ya la he confeccionado yo. ¡Observad! —Y abrió un armario, del que hizo salir al autómeta con voz de oca.

—¡Lo sabía! —agregó Gionata con picardía—. Pero ahora no es momento ni de confesiones ni de cumplidos, sino de aunar nuestros descubrimientos y emplearlos lo antes posible para lograr nuestro máximo provecho. Con diez de estas máquinas nos convertiremos en unos verdaderos Rothschild.

A partir de aquella conversación, Jonathan y Teodoro trabajaron juntos, encerrados misteriosamente en el laboratorio de este último. Los vecinos murmuraban acerca de esta curiosa desaparición y entonaban chanzas sobre ellos como si de



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

dos locos se tratara. En cambio, cesaron las bromas cuando ambos creadores de hombres salieron a la luz del mundo con su hijito, muy bien instruido en el arte de la zapatería. Habían acordado disponerlo para este oficio por ser aquel que precisaba un menor número de movimientos. Y el extraño hombrecillo, al que habían puesto el nombre de Adán, trabajaba día y noche sin comida ni bebida, preparando con asiduidad ejemplar una buena cantidad de zapatos, botas e incluso botines de señora.

La sociedad marchó estupendamente mientras el trabajo ocupó todo el tiempo de los dos fabricantes, pero una vez que confeccionaron media docena de zapateros en un mes, como las ganancias eran muy cuantiosas, Beridan comenzó a recorrer las tabernas, a beber grandes pintas de *porter* y a jurar y perjurarse que sería capaz de preparar al mejor orador del parlamento en una semana. Jonathan reprochó a su socio esta extraña forma suya de proceder, que, con la difusión pública de la fuente de sus ganancias, les acarrearía mil contrariedades y, posiblemente, les obligaría a revelar a los demás el maravilloso secreto. Beridan objetó que era dueño de sus asuntos, y, ante las nuevas protestas de Jonathan, amenazó con enseñar gratis el arte de su fabricación y arruinar así el negocio que tenían en común. Jonathan guardó silencio, pero como era un hombre insidioso y resuelto, se retiró a su casa a reflexionar y no se dejó ver en tres días.

¿Os imagináis en qué obra había empleado aquellos tres días? En fabricar un *homúnculo* montado adrede para que fuera a encontrar al socio Beridan y le asesara veinte buenas cuchilladas entre las costillas. De hecho, así sucedió: la fuerza muscular del hombre no pudo resistir la potencia mecánica del autómeta; y cuando, ante los gritos desgarradores que se

oían, acudieron todos los vecinos, hallaron al pobre Beridan a punto de expirar en brazos de un hombrecillo amarillo y descarnado que le había acribillado el cuerpo a puñaladas. Aquel espectáculo resultaba aún más espantoso porque, alrededor de la víctima y su verdugo, había seis zapateros trabajando tranquilamente como si no se hubieran dado cuenta en absoluto de la fechoría que se estaba cometiendo. Hizo falta mucha sagacidad para encarcelar al pequeño asesino y apartar a los seis zapateros de sus puestos, pero finalmente se los llevó a juicio, donde, una vez aclarada la naturaleza del hecho, y por imposible que pareciera semejante milagro, se dudó largo rato si para el asesino de Beridan se debía admitir o no la imputabilidad moral. Al final, el prudente jurado inglés convino sentenciar a muerte a Jonathan Gilles, pero lo condenó en calidad de mandante de un asesinato; y también se quiso condenar a la pena por decapitación al *homúnculo* mecánico como reo de un homicidio material premeditado y consumado. Jonathan se disponía a arrostrar el corte de cabeza y a llevarse el secreto a la tumba, sin dejar más herederos que los seis zapateros y su pequeño cómplice, ya condenado a un suplicio igual, cuando la dirección de la banca, la clase de los honorables industriales y las mejores sociedades del reino se conmovieron ante el temor de que un arte tan singular y capaz de transformar tan profundamente las condiciones de la humanidad pudiera perderse de forma infeliz, e impetraron del rey que perdonara la vida del culpable a condición de que declarara el secreto de su fabricación ante una comisión de químicos, filósofos, economistas e ingenieros mecánicos.

Podéis creer que, por muy resignado que estuviera a morir, Jonathan acogió la propuesta de buen grado. Y, desde aquel momento, la fabricación de los *homúncu-*



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

los, u hombres mecánicos, pasó a ser una especulación industrial como cualquier otra. La facilidad y la simplicidad con las que, al cabo del tiempo, se llegó a fabricarlos, así como su adaptabilidad a los oficios más diversos, delicados y fatigosos, conllevaron su generalización y rebajaron su precio hasta tal punto que, muy pronto, su número igualó al de los hombres reales. Ahora lo supera con creces, y, dado que su existencia es indefinidamente larga hasta que se produce el desgaste de su materia por el roce de las piezas, el trabajo para la reproducción necesaria es tan mínimo que puede parecer más un pasatiempo y un útil ejercicio gimnástico que otra cosa.

Los cambios que acontecieron en el estado social y económico, y la total revolución de las condiciones acostumbradas en la humanidad a consecuencia de la multiplicación de los *homúnculos* resultan más sencillas de imaginar que de describir.

La comodidad y el ocio de que pudieron gozar todas las clases de la sociedad dieron una predominancia temporal a los campesinos, que, aún desavenidos por las últimas derrotas en el terreno político, se vengaron con la imposición legal de su mayoría ignorante y tiránica sobre las otras clases. Pero este mal no duró más allá de 2110, pues en esa época, cuando habían sucedido ya dos generaciones a los contemporáneos de Gilles, los últimos en criarse contaban con una educación y una mentalidad tan distantes de la antigua rudeza y tan próximas a la civilización que las diferencias entre las distintas clases desaparecieron por completo. Solo que el ocio prosperaba sobremanera en los hábitos de la sociedad, y, junto con el ocio, el uso de los narcóticos como el tabaco, el opio y el betel, que hacían morir de estupidez a un gran número de ciudadanos. Además, aquellos que querían preservarse de semejantes desgracias y se entrega-

ban al estudio sufrían con facilidad ataques cerebrales y muertes repentinas por apoplejía nerviosa, dolencia que los médicos achacaban a la excesiva actividad concentrada por completo en el cerebro durante dos o tres generaciones.

Hasta 2140, los hombres se habían dedicado a fabricar únicamente *homúnculos* macho, pero se cuenta que, aquel año, un hijo de Gionata Gilles, heredero de un secreto suyo, llegó a fabricar un *homúnculo* hembra o *mujércula*. Los economistas se alarmaron en buena medida por esta innovación, que amenazaba al género humano con la esterilidad al proporcionar un sustituto de la mujer. Por este motivo, se mantuvo vigilado al hijo de Gilles mientras vivió para que no pudiera comunicar a otros aquel peligrosísimo descubrimiento. Y después de su muerte, como parecía que el secreto de esa fabricación radicaba plenamente en una cierta levadura del hígado de gata, Gregorio Alison, presidente del décimo congreso de la humanidad, ordenó la destrucción de toda la raza felina. La sentencia se ejecutó al punto y los derechos de las mujeres quedaron a salvo, pero la tierra resultó plagada de una cantidad de ratas muy molesta.

Las guerras, las disputas y las discusiones religiosas a propósito de los *homúnculos* serían demasiado largas de narrar. Baste decir que el papa de Roma excomulgó en 2180 a todos aquellos que los fabricaban; y luego, al ver que la prohibición daba pocos frutos, ante la duda, ordenó que se bautizara a aquellas criaturas para salvarlas de la condenación, si de alguna forma estaban dotadas de alma, y para arrancarlas de las garras de Satanás, si no eran otra cosa que instrumentos de la actividad humana. Con estos dos decretos se cerró el bulario de los pontífices, que abarcaba dieciocho siglos, desde el V de la era vulgar hasta el XXIII: pero la primera parte, que era la



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

más extensa, había quedado incluida en la destrucción de libros de 2030.

LIBRO QUINTO Y ÚLTIMO

De 2180 a 2222, o el periodo de la apatía

Desligados de los prejuicios de los siglos pasados, liberados de un cúmulo de conocimientos inútiles y dañinos, desembarazados del tedio de aquel trabajo manual que impedía la paz, la igualdad y la prosperidad universal, los hombres han llegado ahora a tal punto que casi parecería una suerte no poder tener ya fuerza contra ellos. Pero, por desgracia, la naturaleza intrínseca de los humanos está tan viciada que no admite para sí condición de existencia sin un conjunto más o menos grande de contrariedades y males.

Sin repetir lo que hemos dicho acerca de los ataques apopléticos del cerebro y el abuso de los narcóticos, añadiremos la aparición de una enfermedad contagiosa que, sobrevenida a raíz de la fiebre amarilla y el cólera, amenaza con resultar funesta para la humanidad entera. Los médicos la denominan peste apática y, en efecto, parece tener origen en la indolencia relativa a la que están condenados ahora los órganos humanos tras tantísimos siglos de fatiga excesiva y definitiva. Esta enfermedad pútrida y espantosa, el evidente enfriamiento de la superficie terrestre y el aumento gradual del tedio y de los suicidios debidos a él son los tres peligros hacia los que nos dirigimos, y, en un momento u otro, la humanidad acabará por sucumbir a uno de ellos. Por mi parte, yo creo que tendré tiempo de morir en mi dulce lecho mullido; y, una vez

muerto, que el mundo siga en peligro, se enderece o se desplome no me importa gran cosa. Solamente ruego a mis herederos que tengan a bien, por afecto a mi persona, tomarse la molestia de esparcir tabaco de España sobre mi sepulcro, pues soy muy aficionado a ese aroma. Que así sea.

Estos cinco libros de historia los he escrito yo, Vincenzo Bernardi di Gorgonzola, para uso y deleite míos en el año 2222 de la era vulgar, 198 después del decreto del patriarca Adolfo Kurr, que ordenó la destrucción de todos los libros anteriores al 2000. ¡Que su alma descanse en paz!

EPÍLOGO

Yo no sé qué decir al respecto. Estoy algo desalentado de publicar semejante monserga como *Historias de los siglos futuros*, pero parece que nuestro venidero Vincenzo Bernardi di Gorgonzola pensará o escribirá esto en 2221 y yo lo he transcrito desde la primera palabra hasta la última... ¿Será todo cierto? ¡Que lo juzgue la posteridad! Nosotros, en todo caso, limitemonos a implorar en estas últimas líneas a la futura majestad del patriarca Adolfo Kurr para que este libro, que por su fecha y autor pertenece a 2222, quede dispensado del exterminio universal que él declarará contra todos los libros anteriores al 2000. Así podrán comprobar si el relato del señor Vincenzo Bernardi ha sido verídico hasta el final. Y yo solo añado: ¡Que su alma descanse en paz, y que, en su momento, le ayude a venir al mundo una buena comadrona!

FERDINANDO DE' NICOLOSI
Filósofo-químico

Antônio Gomes Neto

El país que nadie soñó

Traducción de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, por la traducción, 2021

Doscientos años antes de esta modesta historia, esto es, a mediados del año de gracia de 1925, el telégrafo difundía a las cinco partes del mundo la noticia siguiente:

«Favorecidos por un clima especial, los monos de Eritrea, colonia italiana del oriente de África, acaban de ser seleccionados como los mejores especímenes para producir las glándulas que el Dr. Voronoff destina a dar la eterna juventud.

»Se ha formado una compañía italiana para criar esos monos y formar con ellos un tipo más cercano al humano.

»Aunque los monos de Eritrea sean hoy los más buscados con este fin, la compañía espera desarrollar el mejor tipo mediante cruces y selección.

»Debe haber una completa selección de los especímenes más jóvenes y hermosos. A fin de que cumplan satisfactoriamente el objetivo científico al que se destinan, las glándulas de los monos se trasplantarán a monos perfectos al efecto de intensificar cada vez más las cualidades de juventud, hasta que se produzca un animal que los científicos puedan considerar el más perfecto para su investigación».

Indudablemente, si la humanidad más curiosa e imposible de contentar de todos los tiempos hubiese meditado, en la extrema locura que la dominaba, sobre la ambición innominable de algunos espíritus demasiado débiles como para aguantar la tentación mefistofélica de los placeres, los hechos asombrosos e incalculables que vamos a contar, como meros espectadores, nunca habrían ocurrido sobre la faz de la tierra, para honor y gloria del más sabio de los sabios, el gran Darwin, creador del Evolucionismo, la teoría irrefuta-

ble que aniquilaría los dogmas engañosos en que se apoyaban las bases de las falsas religiones.

Así pues, gracias a los procesos científicos de orden terapéutico ejecutados por un núcleo de hombres de negocios con una intuición mercenaria y, por eso mismo, repugnante para las personas dotadas de sentido común, Eritrea, la zona olvidada y lejana de la accidentada África, se volvía, con el transcurrir paciente de los años, el país de los precursores del hombre, gorilas y chimpancés, que habrían de ser inmolados para la satisfacción criminal del género humano, en la resurrección milagrosa de quienes caen en el ocaso doloroso de la vejez.

Y, hacia junio, el glacial y lagrimoso mes de los inviernos australes, una legión feroz de cazadores eminentes recorría toda la selva, hasta entonces inviolable, de la misteriosa posesión itálica, en busca de los pobres y rudimentarios simios, los cuales, en la fase risueña de su existencia, usufructuando los sagrados derechos conferidos a toda especie animal, serían sacrificados en favor de una casta superior, que, una vez arruinada por la acción destructora del tiempo, sería sometida al tratamiento de Voronoff, mejor dicho, injertada con la glándula joven robada al antropoide ignorante.

Cierto es que no tendremos la pretensión necia y poco recomendable de narrar, aunque sea pálidamente, el movimiento que se produjo en todo el planeta, tras difundirse el resultado de las primeras aplicaciones, que se recibieron en medio de una delirante alegría en todo el mundo. Semejante movimiento era el preanuncio



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

de las grandes tragedias que enrojecerían los horizontes, durante mucho tiempo, hasta el día de la reivindicación fatal, cuando, entonces serenos los espíritus, la humanidad volvería, arrepentida, al ciclo biológico trazado por la sabiduría del Creador de los mundos.

Al poco, una verdadera peregrinación de viejos impotentes se arrastraba a la tierra llamada santa por los forasteros, que atraía de los lugares más alejados del universo a centenares de seres fanatizados en una mezcla babilónica de lenguas y costumbres.

Nadie se entendía, ni siquiera intentaba entenderse, pues el motivo que los hacía acercarse unos a otros era la perspectiva de una nueva vida, la transmutación meteórica de la senilidad en juventud, así que todas las razas se confundían en los caminos tortuosos que llevaban a la tierra de promisión, por el anhelo angustioso de traspasar la meta antes de la muerte...

Y, andrajosos, agotados por las infernales caminatas, con los pies sangrando, blancos, negros y amarillos proseguían su jornada fatigosa, atraídos fatalmente por la visión fantástica de la resurrección...

¡Eritrea progresaba! A semejanza de la Ciudad Eterna, en el Año Santo de la peregrinación de los fieles, cuando individuos de todos los países acuden a las majestuosas ceremonias del Vaticano, la posesión italiana era un pulular de interesados: toda una muchedumbre de cabezas blancas como copos de nieve, trémulas y vacilantes...

Mientras tanto, el año de 2125, en que ya innumerables ancianos habían vuelto a la juventud soñada, estaba destinado a registrar la página más sensacional del mundo, que pasaría de generación en generación, siglo tras siglo, como un ejemplo para la ambición humana, porque, milagro de lo irrealizable, poco a poco, por los constantes cruces de diversas razas si-

miescas, los caracteres peculiares de la familia de los cuadrumanos iban pasando por metamorfosis radicales y asombrosas, «evolucionaban» naturalmente, hasta constituir una nueva especie de individuos no considerados en la escala zoológica de Perrier y semejantes en todo al *homo sapiens*.

El mono había dejado de existir para dar lugar a un espécimen inconfundible en sus mínimos detalles, con la espina dorsal sinuosa como en los vertebrados superiores, privado completamente del rabo que, en el hombre, se esboza debajo del cóccix y, ¿por qué ocultarlo?, el propio encéfalo había adoptado idéntica conformación a la de los racionales, desarrollado y equilibrado por la inteligencia lúcida, lejos de parecerse al cráneo de un mono miserable de otras eras...

Sí, porque los monos de antes pasaron a andar a pie, igual que sus esclavizados, que nunca se habían dado cuenta de la evolución milagrosa, paseando de la mano por las «urbes» de Eritrea, como si fueran personas mayores.

Ellos razonaban, pensaban en los graves problemas económicos y políticos que siempre habían sido objeto de reflexión de la humanidad, actuando bajo la acción receptora, refleja y «consciente» característica de cierta especie de animales con que lidiamos todos los días...

Cierto día sucedió aquello a lo que había aspirado toda la nación eritrea desde hacía muchos años, asfixiada por la prepotencia brutal de otras razas: la revolución general, decidida y ejecutada por los paladines de la independencia, tras memorable concilio público en que tomaron la palabra los oradores más influyentes del país, todos nacionalistas hasta la médula.

Se hacía menester que todos los hijos de la joven nacionalidad, mañana degollados en beneficio de perdularios sin es-



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

crúpulos, se coaligasen y enfrentasen a los pueblos que los desgraciaban, toda vez que todos ellos, por obra y gracia de los mismos, se humanizaban, con pantalones y gabán; pensaban y discutían; no despreciaban las gruesas lentes sobre el apéndice nasal; podían consultar las estrellas a través de gigantescos aparatos astronómicos e incluso, «oírlos»...

A ellos les correspondía defender la familia estremecida, amenazada torpemente en su integridad fisiológica por la hedionda insaciabilidad de los humanos.

Los antropoides de hacía mucho se habían emancipado, definitivamente, del hombre moderno y discutían con perfeccionado esmero de Derecho Constitucional, tan poco sabido por muchos licenciados, con la maestría de un consumado profesional. Para dejar patente, en una palabra, el grado de desarrollo intelectual de Monolandia (este fue el nombre elegido por los republicanos), no exageraremos al certificar los casos incontables de amor ocurridos entre jóvenes y bellas mujeres, apasionadas por los varoniles hijos de la nueva nación.

Blancas como el claro de luna y rubias como la angélica Berenice, o morenas como las meridionales brasileñas y románticas como una heroína de Alencar, innumerables representantes del sexo llamado débil habían cometido los mayores desatinos, seducidas por los encantadores monos...

Finalmente, llegó la hora decisiva del gran acontecimiento reivindicador, y comunistas y soviéticos, anarquistas, maximalistas, todos se reunían en la plaza principal (la avenida de los Amores) a la espera del tribuno más respetado del país, un monazo de músculos de acero y mirada de pocos amigos, un Robespierre contemporáneo que, poniéndose los quevedos (los monos no hacían nada sin ese gesto eminentemente elegante), dio inicio a su dis-

curso apologético de la corriente idealista que había abrazado, con convicción, inflamado por el más ardiente patriotismo.

—Señores, hoy es el día, elegido por los designios celestiales, para la emancipación de nuestros derechos, frente a lo expuesto por la renombrada Liga de las Naciones, que nos niega el derecho de fraternidad a que hacemos por merecer.

»Vivimos oprimidos por el eterno estado de sitio, la libertad constituye uno de los mitos más indecorosos y, por la menor sospecha, somos apaleados bárbaramente por los esbirros indecentes de los hombres cuando no inventamos una mentira astuta, en propio detrimento, que nos libre del caucho despiadado.

»Queremos votar (en Monolandia había libertad de pensamiento) a nuestro candidato preferido y no podemos. ¿Dónde está ese derecho tan pregonado por los políticos sin compostura moral, que persisten en maniar nuestras más legítimas aspiraciones con vergonzosas y tristes promesas?

»El hambre llama a nuestra puerta con sus garras amenazadoras; el cambio tiende a cero y la nación se deshace a pedazos, como un velero que el mar encrespado arrojara a estrellarse contra los peñascos traicioneros...

»¡Echemos del país a los viles que trafican con nuestra juventud, como hizo el rey de los judíos al expulsar del templo a los traficantes profanadores que, en el altar sagrado, no de la patria, sino de la iglesia, enlodaban la casa de la bienaventuranza!

»Hermanos, nada nos falta por aprender de los necios: adelante, porque, si hemos servido de injerto a todo granuja adinerado que hay en el universo, también ellos nos han servido para idéntica operación, gracias a nuestro proverbial instinto de imitación, heredado de nuestros muy ilustres antepasados.



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

Y, perfectamente municionados, dominadores de toda la disciplina militar de los ejércitos modernos, así como de la táctica bélica observada en las últimas contiendas que habían ensangrentado a las naciones, partían a altas horas de la madrugada para atravesar la frontera los batallones aguerridos de Monolandia, gallardos e irrepreensibles, a los acordes del himno nacional...

Aquí podríamos imaginar, si tuviésemos ingenio y los hombres nos lo permitiesen, la más calamitosa y estúpida de las guerras, con cataratas de sangre, como un Niágara encarnado. Pero la humanidad, astuta, no lo decidió así y rechazó el cartel de desafío recibido: una bala gigantesca de azúcar cande que sostenía a un simio humanizado, con el ultimátum de la República.

Afortunadamente, los hombres no fueron tan tontos como los monos que, por unas bananas, se habían dejado enjaular por los antropólogos y, en el momento oportuno, acordaron firmar un pacto honroso por el que se reconocía la independencia y autonomía de los cuadrumanos, elevados a las mismas condiciones de los demás pueblos repartidos por la tierra.

¡Cuán tarde había abierto el mundo los ojos! Pero Darwin, aquel viejecito, todo dulzura y simpatía, jovial como todos los iluminados, tuvo la consagración merecida que los hombres le habían negado por parte de los monos equiparados, que erigieron en la principal avenida de Eritrea el más grandioso monumento existente en toda la República, como tributo de eterna gratitud a su genio excelso.

Apêndice: texto original

Antônio Gomes Neto

O país que ninguém sonhou

Há duzentos anos antes desta modesta história, isto é, em meados do ano da graça de 1925, o telégrafo espalhava pelas cinco partes do mundo a seguinte notícia:

«Favorecidos por um clima especial, os macacos da Eritreia, colônia italiana do Oriente da África, acabam de ser escolhidos como o melhor espécimen para produzir as glândulas que o Dr. Voronoff destina a dar a eterna mocidade.

»Formou-se uma companhia italiana para criar esses macacos e formar deles um tipo mais próximo do homem.

»Embora os macacos da Eritreia sejam hoje os mais procurados para esse propósito, a companhia espera desenvolver o tipo melhor pelo cruzamento e seleção.

»Deve haver uma completa seleção dos espécimenes mais jovens e mais belos. As glândulas dos macacos afim de preencherem satisfatoriamente o objetivo científico a que se destinam, serão transferidas para macacos perfeitos, afim de intensificar mais e mais as qualidades da mocidade, até que se produza um animal que os cientistas possam considerar o mais perfeito para a sua investigação.»

Indubitavelmente, se a humanidade curiosa e incontentável de todos os tempos houvesse meditado, na extrema loucura que a empolgava, sobre a ambição inominável de alguns espíritos fracos demais para suportar a tentação mefistofélica dos prazeres, os factos assombrosos e incalculáveis, que passaremos a relatar, como meros espectadores, nunca teriam ocorrido sobre a face do globo, para honra e glória do mais sábio dos sábios—o grande Darwin, criador do Evolucionismo, a teoria irretorquível que aniquilaria os dogmas enganadores em que se assentaram as bases das falsas religiões.

Assim, graças aos processos científicos

de ordem terapêutica postos em execução por um núcleo de homens negociastas, no intuito mercenário e, por isso mesmo, facilmente repugnável pelas pessoas dotadas de bom senso, a Eritreia, a zona esquecida e longínqua de acidentada África, tornava-se, com o transcorrer paciente dos anos, o país dos precursores do homem—gorilas e chipanzés, que teriam de ser imolados para a satisfação criminosa do gênero humano, na ressurreição miraculosa dos que tombam no ocaso doloroso da velhice.

E, por volta de junho, o glacial e lacrimoso mês das invernias, uma legião feroz de caçadores eméritos percorria toda a floresta, inviolável até então, da misteriosa possessão itálica, á cata dos pobres e rudimentares símios, os quais, na fase risonha da existência, usufruindo os sagrados direitos conferidos a toda espécie animal, seriam sacrificados em favor de casta superior, que, uma vez arruinada pela ação destruidora do tempo, seria voronoffisada, ou melhor, enxertada com a glândula moça, roubada ao antropóide ignorante.

Certo que não teremos a pretensão estulta e pouco recomendável de narrar, embora palidamente, o movimento que se operou em todo o planeta, após a irradiação do resultado das primeiras aplicações, que foram recebidas debaixo de delirante alegria por toda parte do mundo. Semelhante movimento era o prenúncio das grandes tragédias que enrubesceriam os horizontes, por muito tempo, até o dia da reivindicação fatal, quando, então, serenados os espíritos, a humanidade retornaria, arrependida ao ciclo biológico traçado pela sabedoria do Criador dos mundos.

Em pouco, uma verdadeira peregrina-

Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

nação de velhos impotentes se arrastava para a terra cognominada pelos forasteiros santa, atraindo dos lugares mais longínquos do universo centenas de seres fanatizados numa mescla babilónica de línguas e costumes.

Ninguém se compreendia, nem tão pouco procurava entender-se, pois o motivo que os fazia aproximar, uns dos outros, era a perspectiva de uma nova vida, a transmutação meteórica da senilidade em juventude, confundindo-se todas as raças, nos caminhos tortuosos que iam ter á terra da promessa, na ânsia consternados de galgar a meta, antes da morte...

E, andrajosos, depauperados pelas intermináveis caminhadas, os pés sangrando, brancos, prelos e amarelos prosseguiam na jornada fatigante tantalizados pela visão fantástica da ressurreição...

A Eritreia progredia! Á semelhança da cidade Eterna, no Ano Santo da peregrinação de fieis, em que indivíduos de todos os países acorreram as cerimónias majestáticas do Vaticano, a possessão italiana formigava de interessados—todo um mundo de cabeças alvas como flocos de neve, trémulas e vacilantes...

Entretanto, o ano de 2125, que já vira inúmeros macróbios voltar á mocidade sonhada, estava fadado a registrar a pagina mais sensacional do mundo, que passaria de geração em geração, seculos após seculos, como um exemplo á ambição do homem. Porque, milagre do irrealizável, a pouco e pouco, com os constantes cruzamentos das diversas raças simiescas, os caracteres peculiares á família dos quadrumanos iam passando por metamorfoses radicais e assombrosas, «evoluíam» naturalmente, de molde a constituir uma nova espécie de indivíduos não considerados na escala zoológica de Perrier e em tudo semelhantes ao *homo sapiens*.

O macaco deixara de existir, para dar lugar a um espécimen inconfundível nos

seus mínimos detalhes, a espinha dorsal sinuosa, como nos vertebrados superiores, destituída inteiramente da cauda, que, no homem, se esboça abaixo do cóccix, e, por que ocultá-lo?—o próprio encéfalo tomara idêntica conformação á dos racionais, desenvolvido e equilibrado nela inteligência lucida, longe de se parecer com o crânio de um macaco miserável de outras eras...

Sim, porque os macacos de ontem passaram a palmilhar solo, tais os seus escravizadores, que jamais se aperceberam da evolução milagrosa, passeando de braço dado pelas *urbs* da Eritreia, como se fosse gente grande!

Eles raciocinavam, pensavam nos graves problemas económicos e políticos, que sempre foram objeto de cogitação por parte da humanidade, agindo sob a ação receptora, reflexa e «consciente» característica á certa espécie de animais com que lidamos todos os dias...

Certo dia aconteceu o que toda a nação eritreiana aspirava havia longos anos, afixiada pela prepotência brutal de outras raças: — a revolução geral, resolvida e posta em execução pelos paladinos da independência, após memorável concílio público, em que usaram da palavra os mais influentes oradores da terra, todos nacionalistas até a médula.

Tornava-se mister que todos os filhos da jovem nacionalidade, amanhã trucidados em benefício de perdulários inescrupulosos, se coligassem e enfrentassem os povos que os infelicitavam, uma vez que todos eles, por obra e graça dos mesmos, se homenisavam, de calças e *paletot*, pensavam e discutiam, não desprezavam as grossas lentes acavaladas ao apêndice nasal, podiam consultar as estrelas através os gigantescos aparelhos astronómicos e, até, «ouvi-las».

Cumpria-lhes, a eles defender a família estremecida, ameaçada torpemente na



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

sua integridade fisiológica pela insaciabilidade hedionda dos humanos.

Os antropóides de há muito se haviam emancipado, definitivamente, do homem moderno, e discutiam com requintado apuro o Direito Constitucional, tão pouco sabido por muitos bacharéis, com a maestria de um profissional consumado. Para patentearmos, em uma palavra, o grão de desenvolvimento intelectual da Macacolândia —este foi o nome escolhido pelos republicanos—, não iremos ao exagero se afirmarmos os incontáveis casos de amor ocorridos entre jovens e lindas mulheres, apaixonadas pelos másculos filhos da novel nação.

Branças como o luar e loiras como a angélica Berenice, ou morenas como as meridionais do Brasil e românticas como uma heroína de Alencar, inúmeras representantes do sexo dito fraco haviam cometido os maiores desatinos, seduzidas pelos encantadores macacos...

Afinal, soara a hora decisiva do grande acontecimento reivindicador, e comunistas, soviéticos, anarquistas, maximalistas, todos se reuniam na praça principal —a Avenida dos Amores— á espera do mais acatado tribuno do país, um macacão de músculos de aço e olhar de poucos amigos, um Robespierre hodierno que, colocando o *pince-nez* (os macacos nada faziam sem esse gesto eminentemente elegante), principiou o seu discurso apoloético á corrente idealista que abraçara, com convicção, inflamado do mais ardente patriotismo.

—Senhores, hoje é o dia, escolhido pelos desígnios celestiais para a emancipação dos nossos direitos, em face do exposto pela famigerada Liga das Nações, que nos nega o direito de fraternidade a que fazemos jus.

«Vivemos oprimidos pelo eterno estado de sítio, a liberdade constitui um dos mais indecorosos mitos e, pela menor suspeita,

somos barbaramente esbordados pelos beleguins indecentes dos homens, quando não forjamos uma mentira astuciosa, em detrimento próprio, que nos livre da borracha impiedosa!

«Queremos votar (na Macacolândia havia liberdade de pensamento) no nosso candidato preferido e não podemos. Onde esse direito tão apregoado pelos políticos sem compostura moral, que persistem em algemar as nossas mais legítimas aspirações, com vergonhosas e tristes promessas!?

»A fome bate-nos á porta, de garras ameaçadoras; o câmbio caminha para zero, e a nação se esfacela, aos bocados, tal um veleiro que o mar encapelado arrojasse de encontro os rochedos traiçoeiros...

»Corramos do país com os vis negociatas da nossa mocidade, como fez o rei dos judeus, expulsando do templo os vendilhões profanadores que, no altar sagrado, não da pátria, mas da igreja, enlameavam a casa da bemaventurança!

»Irmãos! nada nos falta mais aprender com os patetas: para frente porque, se temos servido de enxerto a quanto malandro endinheirado há pelo universo, também eles nos têm servido para idêntica operação graças ao nosso proverbial instinto de imitação, herdado dos nossos muito ilustres avoengos.»

E, perfeitamente municiados, senhores de toda a disciplina militar dos exércitos modernos, bem como a tática de guerra observada nas últimas refregas, que ensanguentaram as nações, madrugada alta, partiam para além fronteira os batalhões aguerridos da Macacolândia, garbosos e irrepreensíveis, ao som do hino nacional...

Aqui poderíamos forjar, se habilidade tivéssemos e os homens o permitissem, a mais calamitosa e estúpida das guerras, onde o sangue rolasse em catadupas, tal uma Niágara rubra.



Humanos y equivalentes: dos historias prospectivas satíricas

Mas, a humanidade, sabida, assim não o determinou, recusando o cartel de desafio recebido —uma bala gigantesca de açúcar-cande, sustentando um símio homenisado com o *ultimatum* da Republica.

Felizmente, os homens não foram tão tolos quanto os macacos, que, á custa de bananas, se deixaram engaiolar pelos antropologistas, e, em boa hora, acordaram em assinar um pacto honroso, reconhecendo a independência e a autonomia dos quadrúmanos, elevados ás mesmas con-

dições dos demais povos espalhados pela terra.

Quão tarde o mundo abrirea os olhos!

Mas Darwin, aquele velhinho todo doçura e simpatia, jovial como todos os iluminados, teve a consagração merecida que os homens lhe negaram por parte dos macacos equiparados, que ergueram, na principal avenida da Eritreia o mais grandioso monumento que há em toda a República, como preito de eterna gratidão ao seu gênio excelso.